

Juan 11:17-27

Juan 11:17-37

La semana pasada oímos de la primera visita de Jesús a la casa de María y Marta en Betania. No oímos en esa ocasión, pero ellas tenían también un hermano que se llamaba Lázaro. Él se enfermó y así las hermanas mandaron mensajeros a Cristo para decirle que viniera y ayudara. Su mensaje: "He aquí el que amas está enfermo". El versículo 5 de este capítulo dice: Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Evidentemente les había visto muchas veces entre la primera ocasión de que oímos, y esta crisis en la familia. Estaban muy íntimos, hasta el punto que los mensajeros pudieron hacer referencia a Lázaro sencillamente como aquel a quien Jesús amaba, y Jesús sabía inmediatamente quién era. Jesús recibió el mensaje y dijo solamente: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella", y se quedó donde estaba por dos días más.

Al fin dijo a los discípulos que iba a ir a Judea. Los discípulos le preguntaron ¿Por qué? Él dijo: "Nuestro amigo Lázaro duerme". Como es natural, los discípulos contestaron "Señor, si duerme, sanará". Entonces Jesús les dijo que Lázaro estaba muerto.

Jesús estaba a un día de distancia de Betania. "Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro". Los judíos siempre sepultaron a los muertos el mismo día en que se murieron, entonces podemos concluir que Lázaro probablemente ya estaba muerto cuando los mensajeros hablaron con Jesús la primera vez. Imagine la reacción de los mensajeros después de llegar - haber oído que la enfermedad de Lázaro no fue para muerte. Tal vez pareció como si a Jesús la vida de Lázaro no le importaba nada. Había mucha gente ya presente lamentando la muerte de Lázaro. Betania estaba cerca a Jerusalén y muchos de los judíos prominentes vinieron a la casa. "Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano". Como es muy natural, algunos de ellos vinieron con motivos muy sinceros, y otros solamente porque fue una obligación social.

Jesús se acercó a esta escena llena de tristeza y dolor. Naturalmente no fue un dolor excesivo para María y Marta porque ya fueron cristianos, y creyeron que Lázaro resucitaría un día.

"Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pides a Dios, Dios te lo dará". Qué diferente fue la actitud ahora de Marta de cuando primero la conocimos. Primeramente vemos que en medio de la tribulación y el dolor retuvo su fe. Ahora sí, Jesús le importaba mucho. Dice "si hubieses estado aquí, mi hermano- no habría muerto". Lo dijo sin censura. Fue el hecho. Vemos en las palabras de Marta toda confianza en el poder de Cristo sobre la enfermedad. Quizás no sabía por qué no había llegado a tiempo en vista de su amor para con Lázaro. Pero no dudaba por un momento la habilidad de Jesús de sanar a su hermano. Ahora Lázaro estaba muerto. Pareció que ella tendría que estar contenta con el hecho tal como sucedió.

Sin embargo quedó algo de esperanza, una esperanza contra esperanza. Pareció imposible - pero - "Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará". Tal vez aunque su hermano estaba muerto, Jesús todavía podría hacer algo. Pareció imposible, pero ya conoció bien al Señor, y había visto que en su gracia y misericordia muchas veces había hecho lo imposible, lo inesperado. ¿En esta ocasión? No había razón para esperarlo, excepto su confianza de que si fue su voluntad, lo podría hacer. Seguramente tuvo una esperanza, débil, pero real.

Y Jesús intentó fortalecer este principio de esperanza en su corazón. Fueron tiempos de dolor, y Cristo le habló puro evangelio, pura promesa. Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará". A un cristiano estas palabras están llenas de consuelo sin igual. En la resurrección tendremos la comunión eterna con Cristo. En la resurrección nos juntaremos otra vez con los amados que ya salieron de esta tierra con fe en Cristo. Es el único verdadero consuelo en tiempo de la muerte.

Marta aceptó este consuelo, en el único sentido en que podría permitirle a sí misma entenderlo. "Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero". Dijo "Yo sé". No quizás, tal vez, posiblemente. Espero que sí. "Yo sé". Tuvo confianza completa en estas palabras de Cristo. No había ningún lugar para la duda en su corazón de que, como Lutero lo expresa en su explicación del Tercer Artículo del Credo, el Espíritu Santo en el postrer día me resucitará con todos los muertos, y me dará en Cristo a mí y a todos los creyentes la vida eterna". Y como

Marta en nuestro texto, Lutero también afirma con toda confianza: "Esto es ciertamente la verdad".

Pero esta fe general en la resurrección no correspondió completamente a la verdad de esta ocasión. Jesús iba a hacer algo más maravilloso que resucitar a Lázaro en el postrer día. Iba a llamar a Lázaro del sepulcro en ese mismo día. Pero primero tuvo que enseñarle a Marta claramente que esta vida física no es la más importante. Que la vida más maravillosa será la vida eterna en el cielo. Entonces en su sorpresa al ver el milagro que iba a hacer Jesús, no perdería el punto de vista de la eternidad.

"Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente". Qué palabras tan hermosas para nosotros que creemos en Cristo. En Cristo quien nos rescató del poder de la muerte con su propia muerte en nuestro lugar, tenemos perdón completo de todos nuestros pecados. Y así la única cosa que nos impidió entrar en el cielo ha sido quitada. Físicamente moriremos, pero en Cristo nuestra vida continúa eternamente. Creemos en Cristo. Confiamos en él. Y aquí tenemos la palabra de Cristo mismo de que viviremos eternamente.

Cristo le preguntó algo a Marta. Dijo, "¿Crees esto?" Le dio la oportunidad de expresar su fe, de confesar su creencia. Y lo hizo. "Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo". O sea, que Cristo fue el escogido de Dios, prometido ya hace siglos, que vendría para dar la vida a su gente.

Cristo nos prometió la resurrección. Y a nosotros también nos pregunta: ¿Crees esto? A nosotros también nos da la oportunidad de confesar que en Cristo tenemos toda confianza en la resurrección y la vida eterna. Su presencia aquí esta mañana da testimonio al mundo de que nosotros creemos algo. Que tenemos una confianza en alguien fuera de nosotros. Tenemos la oportunidad de confesar ante los hombres: Yo tengo la vida, en Cristo que me redimió de todos los pecados. Si alguien muere, ¿qué podemos decir excepto lo que Cristo mismo dijo: "Tu hermano resucitará"? "Yo soy la resurrección y la vida". Marta dio su confesión de fe en días muy difíciles para ella. Dios da a todos nosotros la misma confianza y la misma confesión de Marta, para que en toda adversidad nosotros

también podamos decir: "Yo sé. Yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo". "Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado". Amén.